

ARENCA CIVICA

PRONUNCIADA

EN LA ALAMEDA DE MEXICO

EL

16 DE SEPTIEMBRE


DE 1849,

POR EL

CIUDADANO FRANCISCO M. DE OLAGUIBEL;

MEXICO 1849

COLECCION DE DISCURSOS PATRIOTICOS
JORGE DENEGRÉ VAUGHT PEÑA



ARENCA CIVICA

PRONUNCIADA

EN LA ALAMEDA DE MEXICO

DEL

16 DE SEPTIEMBRE

DE 1849,

POR EL

Ciudadano Francisco M. de Otaguibel.



MEXICO.

IMPRESA DE CUMPLIDO.

1849.

ARENGA CÍVICA

PRONUNCIADA

EN LA ALAMEDA DE MEXICO

EL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1849,

ANIVERSARIO

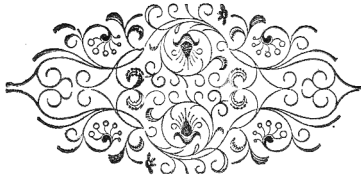
DE LA GLORIOSA PROCLAMACION

DE

LA INDEPENDENCIA,

EL AÑO DE 1810,

Por el Ciudadano Francisco M. de Olaguibel.



MEXICO.

IMPRESA DE IGNACIO CUMPLIDO.

CALLE DE LOS REBELDES, NUMERO 2.

1849.



Consagremos con el mayor empeño nuestra atención sobre los asuntos de la República, que podemos salvar aun, para que levantándolos de sus ruinas, nos lavemos del deshonor de nuestras operaciones pasadas.—DEMÓSTENES, EN SU OLINTIACA PRIMERA.

Ciudadanos:

Colocado en este puesto y en día de tan solemnes y gloriosos recuerdos, ¿qué podré decir que llene la espec-tación pública y que sea digno de las autoridades y de las personas que me escuchan? ¿Qué cosa puede decir-se de nuevo ó de satisfactorio en el día del Aniversario Nacional? ¿Podré desempeñar esta empresa, lisonjeando los ánimos de este auditorio, como lo han hecho algunos de los que me han precedido, recordándoles ya los hechos heróicos, ya el sacrificio y la consagracion de las vícti-mas de esta patria desgraciada? ¿Podré, en fin, entre-garme en el día, que parece consagrado al júbilo y al regocijo, á esplayar los ánimos afligidos y desalentados, y á fomentar las ilusiones y las esperanzas?.... No, me-xicanos, no creo de mi deber hacerlo, y dejaré que hable el corazon cuando él solo debe hablar, y me permitireis,

que fiel intérprete de vuestras sensaciones actuales, procure espresarlas, hasta donde me lo permitan mis bien débiles fuerzas. Si se oyen quejas y lamentos en vez de aplausos y lisonjas, culpa no es del que tiene el no merecido honor de dirigiros la palabra: nuestra desgracia, nuestras faltas, nuestros errores y nuestros crímenes nos han conducido á la situacion triste y deplorable en que nos encontramos.

¿La independendencia nos ha acarreado ese cúmulo de males. . . . ?

¿El paso que dimos del estado de colonos al de hombres libres, tiene el menor participio. . . . ?

¿Son responsables los que nos hicieron independientes y los que nos dieron las instituciones que hoy tenemos. . . . ?

Hé ahí las cuestiones que me propongo considerar muy brevemente: de esta manera creo cumplir con el deber que he contraido, encomiando la memoria de esos compatriotas nuestros, que derramaron su sangre en los campos de batalla y en los patíbulos, y que nos legaron un tesoro, que no hemos sabido, ni sabemos disfrutar.

Un acontecimiento en que ha tenido parte un pueblo entero, que lo ha consumado y llevado al cabo, y en el que ni una clase, ni una fraccion de la sociedad se distinguen y se ponen á la cabeza para emprender semejante obra; un acontecimiento de inmensos resultados y que pedia sacrificios inmensos; que solo para intentarlo esci-gia la consagracion de lo que el hombre tiene de mas precioso; perder su posicion en la sociedad, fruto de las vigi-lias y de los trabajos de muchos años; perder con ella su reputacion política y religiosa, su tranquilidad y los go-ces pacíficos de la familia y aun la vida misma: semejan-te acontecimiento, considerado filosóficamente, es nota-ble aun para las almas tímidas y calmadas, frias é im-parciales, que á largas distancias solo preven desgracias á cada mutacion, y que aguardan fatales resultados á cada novedad que se les presenta. Pero ese aconteci-miento, considerado políticamente por los que en él han tenido alguna parte, por los que recogen los frutos bené-ficos que ha producido, y que aguardan del tiempo, de la esperiencia y del reposo los resultados provechosos, que las desgracias inevitables, que trae consigo la fuerte escitacion de pasiones comprimidas en todo sacudimiento social, no les han dejado disfrutar; es un acontecimiento grande y sublime, que señala una época, da nacimiento á una nueva sociedad, y debe ser solemnizado por los que abrigan en pechos generosos sentimientos nobles y elevados de amor á su pais, y de gratitud á los que pro-clamaron su libertad y su independenciam.

Tal acontecimiento es el que nos reúne hoy en este ameno sitio, y la solemnidad del día exige de nosotros sentimientos dignos de él. Si á mí me fuera dado elevarme hasta la altura que el asunto pide, me tendría por bastante afortunado; pero indigno ciertamente del lugar que ocupo, é incapaz de desempeñar de la manera debida el objeto para que fuí nombrado, olvidad, os ruego, al que os dirige la palabra, desechando toda especie de prevención, para solo ocuparos de los hombres y de las cosas que hoy celebramos.

El lazo se rompió, y nosotros somos libres (*). Esas palabras sagradas, que resumen el objeto de esta solemnidad; las ideas que nos ocupan, los recuerdos tiernos y sublimes á que consagramos este día; nuestros corazones conmovidos con el entusiasmo, pedían una voz inspirada y el movimiento y la elevacion de Débora la profetiza, ó de Moises en su canto despues del paso del Mar Rojo. Pero si no nos es concedido tanto, y si nuestro infortunio, que hoy se nos presenta con mas viveza, y si nuestras recientes desgracias vienen á helar las palabras en nuestros labios, y hacen cubrir nuestras frentes de rubor, dediquemos á los padres de nuestra libertad algunos recuerdos, al defender la obra que fué el precio de su sangre.

Hay ciertas épocas en la vida de los hombres como en la de las naciones, en las cuales se llega al *hasta aquí* del estado en que se encuentran. Nuevos hábitos, nuevas necesidades, mayor instruccion y elementos nuevos

(*) Laqueus contritus est et nos liberati sumus.—*Psaln.*

ecesigen un cambio de situacion y un trastorno universal; y la menor circunstancia, la que en otros momentos habria pasado acaso desapercibida, viene como una chispa ligera á incendiar materias inflamables y á dar pábulo á una llama oculta, dando origen á un incendio que otros combustibles hacen inestinguible. | No de otra manera, sin ocurrir á tiempos mas remotos y á las épocas de Grecia y de Roma, comenzó la guerra entre colonias y metrópolis para separarse aquellas de éstas. Un sombrero al cabo de una asta en la plaza de Altorf, el establecimiento de un tribunal en los Paises Bajos, la preferencia para los empleos y el odio á un favorito en Lisboa, y el derecho sobre el sello del papel y sobre el té en la Nueva Inglaterra, dieron origen á luchas encarnizadas y sangrientas, que se prolongaron por muchos años, y que por último y glorioso resultado presentaron el espectáculo de tres repúblicas florecientes y poderosas, y de las que aun subsisten dos unidas por el lazo federativo, y de una monarquía, que aunque débil y decadente y suspirando por los dias de su gloria, era bastante fuerte, sin embargo, para defenderse de la que fué su metrópoli y sostener su nacionalidad. Así hemos visto, y aun vemos, en el camino de la prosperidad á la Suiza, á la Holanda, al Portugal y los Estados-Unidos. Prosperidad muy notable en la Holanda, miéntras fué república, que decayó con el dominio de la casa de Nassau y desapareció completamente al establecimiento de la monarquía; prosperidad sorprendente en los Esta-

dos-Unidos, mientras la monarquía portuguesa, sacrificando su dignidad y su misma independencia á otra nacion estrangera, cada dia decae mas, y solo podrá volver á ser respetable cuando la recobrare verdaderamente.

En este siglo del movimiento y de los trastornos, y que en sus principios nos presentó los fenómenos que la Asia ha visto con tanta frecuencia, de conquistadores inmorales, desgracia y azote del género humano, y de grandes ejércitos, sembrando por todas partes con los pomposos nombres de la gloria y de la inmortalidad la devastacion y la ruina, en este siglo vimos, en la que fué nuestra metrópoli, consumarse un escándalo torpe, hijo de la corrupcion de las costumbres y de los vicios inherentes y solo propios de las monarquías: la indignacion se apoderó del ánimo de todos los habitantes del hemisferio de Colon, sujetos entónces á aquella monarquía, que poseidos de los sentimientos mas nobles, animados del mas puro patriotismo, se sacrificaban para prestar toda clase de recursos á esa nacion heróica, que llamábamos con el dulce nombre de madre patria, y rechazaban la ignominiosa dominacion estrangera. Verdad es que otras ideas y otros principios, que hacia tiempo germinaban, y el espectáculo de la sujecion y del sufrimiento, vinieron á asociarse en aquellos momentos solemnes, y llegada la hora suprema, que la Providencia tenia marcada en sus altos designios, no se oyó sino una voz desde Caracas hasta Buenos Aires, la voz que despues se escuchó en Dolores, la voz de Libertad y de Independencia.

Un ministro del Altísimo, un anciano respetable, un párroco humilde, levantó esa voz por la vez primera entre nosotros en la cátedra de la verdad, y esa voz fué escuchada: millares de mexicanos volaron á inmolarse en defensa de la mas sagrada de las causas, y dignos hijos é imitadores de los españoles, que entónces defendian su propia independenciam con tanto teson y constancia, y dignos hijos y descendientes tambien de los aztecas, que defendieron la suya con sublime heroismo, le consagraron todos sus esfuerzos y todos sus sacrificios, y los campos y las ciudades enrojecidas con su sangre, nos hablan de la manera mas elocuente y mas patética, en el dia memorable y glorioso en que solemnizamos su recuerdo.

Si á ese recuerdo, si á esos sacrificios, no tuviéramos hoy que agregar otros recuerdos penosos, recuerdos de estos mismos dias, otras desgracias lamentables, que nos hacen poco dignos de esos propios sacrificios; si en el dia de la independenciam nada tuviéramos que echarnos en cara; si pudiéramos presentar nuestra frente serena á los ojos estraños, y no nos viéramos obligados á bajarla y ocultarla, aun entre nosotros mismos, cubierta de rubor; si no tuviéramos que reprimir las lágrimas del dolor y del remordimiento y que devorar las penas de la humillacion por habernos manifestado ingratos á tales beneficios, indignos del ser que recibimos y de tales ascendientes, entónces ¡ah! entónces podríamos gloriarnos con el nombre de mexicanos que llevamos; podriamos enorgullecernos al recordar los nombres de nuestros héroes y sus

hechos insignes y memorables, y podríamos, en fin, manifestarnos hijos dignos de tales padres, dignos de ser independientes y libres, y dignos, en una palabra, de haber entrado en el catálogo de las naciones, que honran por sus antecedentes y sus virtudes los fastos del género humano.

Mas, ¿para qué refrescar la herida, para qué remover en ella el puñal y renovar tantos dolores. . . .? Para sacar de ella el único fruto que aun podemos aprovechar; para escuchar el sabio consejo, que el patriota y vehemente orador que hemos citado, dirigia á los atenienses en circunstancias difíciles y de desgracia para aquella república, circunstancias tan semejantes á las nuestras. Sí, es necesario que levantemos las ruinas del edificio social, ó al ménos de la parte que nos ha quedado; es necesario que á esto nos dediquemos, y que á esto consagremos todas nuestras vigiliass y todos nuestros esfuerzos, y que de esa manera lavemos tantas manchas y el deshonor que nos cubre, y que solo será parte á borrar nuestra conducta futura. Si hasta ahora solo hemos soporado la desgracia, no venga una paz engañosa y una prosperidad y calma aparentes, á estimular nuestros ánimos á entregarnos á los goces de la confianza. La desgracia se tolera, la paz y esta felicidad corrompen (*).

En vez de prestar oídos á los que tratan de estraviarnos del camino que debemos emprender, y de dar el me-

(*) Fortunam tantùm adversam tulisti. Secundæ res acrioribus stimulis animos explorant: quia miserie tolerantur, felicitate corrumpimur. *Tacit. Hist. lib. I.*

nor crédito á los que atacando la reputacion de nuestros padres, solo se emplean en destruir la obra que con sus manos levantaron y que con su sangre sellaron, ocupémonos de salvar el territorio que hicieron libre é independiente. La gratitud y un deber sagrado lo ecsigen; nuestro honor y nuestro propio interes lo demandan de la manera mas imperiosa.

Si ingratos al beneficio, continuamos por la senda emprendida, y en vez de aprovecharnos de las lecciones duras y amargas de la esperiencia, solo volvemos los ojos hácia atrás, y suspiramos por lo que los israelitas suspiraban en el desierto, volviendo la vista hácia Egipto, entónces no tendrémós el menor derecho para quejarnos de nuestra suerte bien desgraciada, y llegarémós, no solo á ser el escarnio y la befa de los pueblos civilizados, sino á convertirnos en servidores y víctimas de los primeros aventureros que pisen nuestro suelo, y verémós nuestros bienes y nuestras mugeres y nuestras hijas en poder y en los brazos de los que por ser la escoria de las naciones, ni pertenecen á ninguna, ni tienen mas patria que la soldada que reciben, y el vil y mercenario precio que se les paga, ni mas Dios que la satisfaccion de sus vergonzosas pasiones.

Tal será nuestra suerte, si seguimos dominados del vértigo que nos estravía, y si queremos ocurrir, como á remedio de nuestros males, al restablecimiento del órden de cosas cuya ruina hoy celebramos. ¡Mengua y baldon para el que tal piense y en semejante tarea se ocupe! A

esos hijos ingratos de una patria desgraciada, comparables únicamente con los que se asociaron con el extranjero invasor, y le enseñaron los caminos de su país, y le ayudaron desenvainando la espada en su contra, solo les diremos: que en vano se fatigan en contrariar la causa sagrada de la patria y de su libertad é independencia; que en vano se esfuerzan por resucitar ideas y cosas que para siempre murieron entre nosotros; y si obcecados en la carrera del mal, no quieren ver lo que pasa en el mundo todo, y la lucha que la causa de la libertad y de la democracia tiempo hace que tiene empeñada con la causa de la arbitrariedad que defienden, y los triunfos que de día á día obtiene aquella sobre ésta; si pertinaces continúan en sus criminales trabajos, y por segunda vez quieren destruir las instituciones que tenemos, solo conseguirán su propia ruina y la nuestra, y obtendrán por único resultado el abreviar el plazo de nuestra existencia, y ver desaparecer á Mexico del catálogo de las naciones, y no para constituirse en una monarquía miserable y ridícula como la de los griegos, sino para aumentar el número de las estrellas de un pabellon de triste recuerdo, pues nunca puede convenir á esa confederacion que entre nosotros se establezca una monarquía. No solo, pues, se les deberá llamar ingratos, lo que es bastante grave, sino hasta impíos (*).

Si tales son sus miras; si ansían por la dominacion es-

(*) Neque solum ingratus, quod ipsum grave est, verum etiam impius appetitur, necesse est.—CIC. ORAT. *Post redit. ad Quirit.*

trangera, y si hay algunos otros que mas abiertamente así lo confiesen, quedan aun muchos dignos del nombre de mexicanos, dignos de ser hombres libres, dignos todavía de solemnizar el Aniversario de la Independencia, y que sabrán sostener ésta y emprender el camino necesario para disfrutar de los goces que proporciona. De esa manera quedarán refutadas las doctrinas, que hoy se atreven á resucitar los que llamaron á nuestros soldados de las fronteras para trastornar el orden en el interior de la República, y les hicieron volver la espalda en el momento mismo en que los invasores avanzaban sobre nuestro territorio, dejándolo así descubierto é indefenso, para que se apoderasen de él, como lo hicieron. Solo de esa manera, y conservando el orden, respetando las autoridades establecidas, y dando vigor á las leyes, podremos llamar á nuestro seno una inmigracion europea, sana, vigorosa y no contaminada, que nos haga olvidar hasta la palabra *pronunciamiento*, nos haga salir del letargo en que nos hallamos, y abriendo tantas fuentes de prosperidad y de riqueza que poseemos, demuestre de una vez que no es por culpa del sistema, ni por las instituciones que tenemos, sino al contrario por la falta de amor al orden y á la libertad bien entendida, y por el ningun respeto á esas instituciones, que deben verse como sagradas, por lo que no podemos prosperar y recoger los frutos de la independencia tanto tiempo desperdiciados y malogrados.

Esa será la mejor respuesta que podrá darse á los cam-

peones del absolutismo y detractores de nuestra libertad, pues para servirnos de las elegantes palabras de un español tan patriota como benemérito: “¿Qué cosa podría responderse á unos hombres que no por celo, sino por espíritu de contradicción; no por convicción, sino por envidia y malignidad, murmuran de lo presente, ansían por lo pasado, y persiguen lo que no pueden alcanzar? No, no esperéis que les respondamos sino con nuestra conducta. Vean los frutos de nuestro empeño, y enmudezcan. Ellos serán nuestra mejor apología, y ellos serán tambien su mayor confusion, si menospreciando nosotros sus susurros, seguimos constantes nuestras útiles tareas, como las industriosas abejas labran tranquilamente sus panales, miéntras los zánganos de la colmena zumban y se agitan en derredor (*).”

Y para concluir en esta parte con lo que tenia que manifestar á los que combaten la causa de los derechos y de la libertad y de la independencia, y asistiendo como asistimos al espectáculo que nos presenta la Europa, repetiré las palabras elocuentes que hace veinte años pronunció un eclesiástico célebre: “Hemos atravesado dias de desgracia, y nos acercamos á dias aun mas desgraciados. La gran revolucion que agita al mundo, no ha hecho sino comenzar apénas: trastornará completamente la vieja sociedad europea, minada en todas sus bases, y por largo tiempo no serán sino ruinas que se amontonan

(*) Jovellanos.

sobre otras ruinas. Los hombres, siempre tan lentos para instruirse, miran con una especie de admiracion estúpida, ó de maligna curiosidad, este espectáculo espantoso, sin comprender la causa de lo que ven, y aun sin quererla comprender. Reina en general entre los que se llaman buenos, una ceguedad mas que humana, de suerte, que en lugar de oponer una resistencia eficaz al mal, hacen sin saberlo todo aquello que conduce mas á favorecerlo. Pero Dios tiene sus designios, y su sabiduría lo gobierna todo, para que todo concurra al fin que se ha propuesto, aun el error y el mismo desórden.

“Esos sufrimientos y esos dolores son la obra del hombre sumergido en su ignorancia y corrompido con sus pasiones: sin embargo, he esperado y he tenido fe en el porvenir de la raza humana. Sus destinos cambiarán cuando ella quiera que cambien, y lo querrá tan pronto como al sentimiento del mal se una el claro conocimiento del remedio que puede sanarlo (*).”

Compatriotas: Nosotros, pues, que hemos sentido y sentimos el mal, y que agobiados, aleccionados por el infortunio, conocemos su remedio, apliquémoslo con ardor y sin vacilar. Unamos todos nuestros esfuerzos: que domine entre nosotros el espíritu de paz, de órden y de cordialidad: merezcamos por nuestra conducta los beneficios de la independenciam, y hagamos olvidar á las naciones que nos contemplan y nos compadecen, tanto estravío y tanto baldon. Ya que la Providencia derramó

(*) Lammenais.

á manos llenas todos sus dones en esta tierra privilegiada, comencemos, pues aun es tiempo, á ser hombres y á merecer esos bienes. Tenemos una patria, y la debemos á las virtudes y al heroismo de los que proclamaron su independenciam. ¿La dejarémos perder? ¿Continuarémos por el camino del error, de la anarquía y de los desaciertos? ¿No nos presentarémos á defenderla con el valor que nuestros padres nos legaron? Sí, así lo harémos, y la ocasion se acerca. Recordemos á nuestros héroes, é imitemos su noble ejemplo. ¡Gratitud eterna por sus sacrificios! ¡Loor á nombres de tanta valía! ¡Qué su memoria y la de sus heróicos hechos, nos sirva de estímulo y de ejemplo, y pase de generacion en generacion! ¡Que sea para los mexicanos un recuerdo de ternura, de gratitud y de gloria, el recuerdo del para siempre memorable DIEZ Y SEIS DE SEPTIEMBRE DE 1810!

DICE.

